

AÑO XXIX — ABRIL-JUNIO DE 1961 — Nº 116

REVISTA DE DERECHO

DIRECTOR: ORLANDO TAPIA SUAREZ

SUMARIO

	Pág.
FRANCISCO VARAS DODD	
Lo Jurídico en algunas obras de Shakespeare	3
EMILIO RIOSECO ENRIQUEZ	
La subestimación del Derecho	15
RAMON DOMINGUEZ BENAVENTE	
Concepto del Derecho Sucesorio	39
CARLOS FERDINAND CUADROS	
La crisis del Procedimiento	83
MARIO CERDA CATALAN	
¿En cualquier tiempo puede notificarse el protesto de un cheque?	95
HECTOR OBERG YAÑEZ	
Comentario al artículo 91 del Código Tributario	105
TITO JARA TRONCOSO	
En torno a algunas realizaciones de la Jurisprudencia Sociológica	111
Declaración de principios y recomendaciones sobre la enseñanza del Derecho (Ciencias Jurídicas y Sociales) en América Latina	133
JURISPRUDENCIA	
<u>Corte de Apelaciones de Chillán</u>	
Nulidad de contratos y de testamento (Apelación de la sentencia definitiva). (Comentario de Ramón Domínguez Benavente)	143

**PUBLICACIONES DE LA
FACULTAD DE CIENCIAS JURIDICAS Y SOCIALES
DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION
Y DEL H. CONSEJO PROVINCIAL DEL
COLEGIO DE ABOGADOS DE CONCEPCION**

FRANCISCO VARAS DODD

**Profesor de Derecho de Minería de
la Escuela de Derecho de la Univer-
sidad de Concepción.**

LO JURIDICO EN ALGUNAS OBRAS DE SHAKESPEARE (*)

Los valores del Derecho no yacen embalsamados en el silencio de una biblioteca jurídica.

A la luz de este aserto se explica la aparente paradoja involucrada en el hecho de que, justamente en los momentos de solemne celebración de un avanzado aniversario de nuestra Escuela, que subraya por sí solo su necesidad y su vitalidad; y precisamente cuando con regocijo recibimos a los nuevos alumnos y los felicitamos por haber triunfado en una carrera humanística que les permite "entrar" en esta Casa de Estudios, se alce dentro de sus muros una voz que invita a abrir de par en par una ventana para mirar por ella hacia fenómenos enormemente distantes en el tiempo, en el espacio, en la lengua y en la raza, como lo están los tópicos de estas reflexiones.

El arsenal más rico de datos jurídicos y el acopio más abundante de material experimental se encuentran en la observación de la vida misma, que brinda los cuadros más esenciales del Derecho en movimiento y donde se ve cómo el ordenamiento jurídico resulta cual el aire, que se disfruta apaciblemente, que no se siente sino cuando falta o se emponzoña, que contiene no sólo la patología, integrada por los delitos y los incumplimientos, sino también todo el ámbito de la salud jurídica.

La observación de la vida humana, rica de por sí en contenido jurídico, puede hacerse provechosamente a través de la literatura, la cual constituye a veces el único acceso posible a determinadas vivencias concretas.

(*) Clase inaugural del año 1961, profesada en el Aula Magna de la Escuela de Derecho de la Universidad de Concepción.

Por consiguiente, bien podría hablarse ya entre nuestros afanes disciplinarios, de un Capítulo Autónomo sobre el estudio del Derecho en la Literatura, del cual nuestras observaciones de hoy representarían un provisorio acápite.

Obvio es que no se incluirían en un sistema como éste las obras de literatura jurídica propiamente dicha, como los Tratados de los juristas sobre temas jurídicos; ni las de literatura casuística, como las originadas verbigracia por el caso Dreyfuss o el juzgamiento de Caryl Chessman o el asunto pendiente de Eichman en Jerusalén, o nuestro cercano proceso contra Sánchez, el autobiógrafo encarcelado. Tampoco se insertaría el género anecdótico-profesional, del que son ejemplos los difundidos libros de Ángel Ossorio "El Alma de la Toga" o "Mujeres", y el de Piero Calamandrei "Elogio de los Jueces Escrito por un Abogado". Se excluiría igualmente el frondoso árbol inventivo de las llamadas novelas policiales, donde por lo general se exploran pequeñas parcelas de probanzas extrajudiciales dentro de procedimientos penales exóticos.

En cambio, se tomarían las Obras que pudiéramos llamar de Literatura General, que comprenden los datos jurídicos únicamente como espontáneos integrantes de una realidad vital. Luminoso es el camino abierto en esta dirección por los autores que han abordado con tal punto de vista la Biblia y Don Quijote, seguido recientemente entre nosotros por Norma Mobarec en su Memoria sobre "Las Mil y Una Noches como Fuente de Conocimiento del Derecho Árabe".

A base de los elementos señalados, enriquecidos con las informaciones que suelen existir respecto de los escritores mismos y acerca de las circunstancias de su creación, se integraría tal vez un género especialmente propicio al avance de las Ciencias Jurídicas y Sociales.

Con las observaciones precedentes queda alindado nuestro tema. Por la inmensa amplitud de los trabajos shakesperianos, por los imperativos del tiempo y la cortesía, y por las propias limitaciones, hemos de reducirnos a breves puntos de interés jurídico brindados por la vida, las representaciones y una que otra obra del portentoso genio inglés.

* * *

Observemos primero cómo sobre la frontera entre los siglos XVI y XVII estuvieron juntos en el mundo, próximos aunque probablemente sin tratarse, tres colosos del ingenio y de la fecundidad literaria: Miguel de Cervantes, nacido en 1547 y muerto en 1616; Lope de Vega y Carpio, que vivió desde 1562 hasta 1635, y William Shakespeare, fallecido a los 52 años de edad en 1616, sólo 10 días después que Cervantes. Más adelante habrá

LO JURIDICO EN ALGUNAS OBRAS DE SHAKESPEARE

5

ocasión de mencionar ciertos contactos temáticos entre estas lumbreras de la Humanidad, a las que encontramos simultáneamente empeñadas en el 1600 en una gigantesca producción literaria.

* * *

La fecha de la muerte de Shakespéare nos conecta, en una primera aproximación al material jurídico, con una cuestión de organización civil internacional, cuyo problema no nos es hoy día familiar pero que hasta hace unos 100 años perturbó la vinculación mercantil y política de los pueblos. Cuando actualmente se convoca a un encuentro internacional, como por ejemplo la reunión de la CEPAL en Santiago de Chile para ayer 4 de mayo de 1961, ningún país del mundo que quisiera tomar parte en las deliberaciones o en la observación tendría dudas sobre la fecha, al igual que si se tratara del vencimiento de un documento o del anuncio de un Campeonato Mundial Deportivo. Mientras que en la época que nos ocupa, era preciso averiguar no solamente las cifras del día, mes y año de un hecho, sino que también el lugar, en forma que según fuera el sitio, así habría de entenderse la oportunidad, al punto que nuestro autor figura muerto tanto el 23 de abril como el 3 de mayo del año 1616.

El problema obedece a que, como se recordará, el Calendario llamado Juliano, que regía desde hacía más de 1.600 años a la época del Papa Gregorio XIII, había originado un adelanto de 10 días en el equinoccio de primavera, debido a un error de Sosígenes, asesor egipcio de Julio César en esta materia. El mencionado Pontífice resolvió reformarlo, para lo cual era preciso eliminar los 10 días sobrantes. Fue así como quienes se entregaron al nocturno sosiego el jueves 4 de octubre de 1582, pasaron la noche más larga de la historia, reanudando sus diurnas cuitas no el viernes 5 sino que el viernes 15 de ese mismo mes de octubre de 1582.

Pero la Reforma de Gregorio XIII se puso en vigencia únicamente en los países que podríamos llamar ahora la Zona de Influencia del Papado, empezando ciertamente por España, no siendo bien recibida, en cambio, debido a razones religiosas, por países de tanta significación como Suecia, Inglaterra y Rusia, ya que como dice el Astrónomo Kepler respecto de los ingleses, ellos preferían estar en desacuerdo con el sol antes que de acuerdo con el Romano Pontífice. Solamente en 1752 se adhirieron a la Reforma, pero les fue preciso sacrificar un día más, correspondiente al aumento de la diferencia a causa del bisiesto 1700.

Ya que el mundo entero ha entrado en la unificación calendaria, ora en virtud de convenios explícitos o mediante el

tácito asentimiento, y puesto que de hecho estamos regidos por la Reforma Gregoriana, tengamos por muerto a Shakespeare conforme a ella el 3 de mayo, dando lugar así a que nuestra Corporación se asocie oportunamente, aunque con defectuosa representación, a los homenajes que su recuerdo concita.

* * *

Un segundo aspecto que hiere nuestra sensibilidad jurídica en los contactos con Shakespeare, concierne a lo que hoy día podríamos denominar la Institución de la Propiedad Intelectual.

No es el momento de remover viejas discordias sobre la paternidad ajena que se atribuye a las obras de Shakespeare, por quienes han pretendido negarle todo mérito y aun toda idoneidad, afirmando que el verdadero autor de los trabajos que pasan por suyos sería un generoso genio oculto bajo la firma de aquél. Nos exime de esta preocupación el hecho de que la vida misma de nuestro vate como actor teatral y la forma en que a la sazón se gestaban las obras dramáticas en Inglaterra, permite considerar comprobada la intervención de Shakespeare en las producciones donde figura como autor.

En efecto, se sabe que más o menos a los 21 años de edad abandonó Stratford, su ciudad natal, siguiendo tal vez alguna gangarilla o farándula de cómicos que por ella pasara, similar quien sabe a la que hace poco vimos luminosamente representada en nuestro Teatro por el Experimental en "La Fierecilla Domada" o "La Doma de la Bravía". Se instaló en Londres, distante unas 100 millas, y se ocupó progresivamente como apuntador, actor y coautor en los teatros de la capital.

En la época, los directores y actores en las representaciones trabajaban más sobre la base de sus propias versiones que según lo que llamaríamos ahora el libreto. La Imprenta había sido introducida en Londres sólo unos pocos años antes del nacimiento de Shakespeare. No había facilidad alguna para obtener copias de escritos y, en consecuencia, cada obra era patrimonio de la Compañía que la representaba. Todavía después de la impresión e incluso aunque ésta contuviera el nombre del autor, no se sabía determinadamente cuál había sido primero, si el texto o la representación. Así, por ejemplo, la portada de la obra que conocemos tan brevemente como "El Rey Lear", rezaba: "Verdadera Crónica de la Vida y la Muerte del Rey Lear y sus tres Hijas, con la desgraciada vida de Edgardo, hijo y heredero del Conde Gloucester, y el humor sombrío que asumió de Tom de Bedlam; según se representó ante la Majestad del Rey en White Hall en la Noche de San Esteban por los Servidores de Su Majestad que representan comúnmente en El Globo, sobre el Bancks side. Escrita por William Shakespeare".

LO JURIDICO EN ALGUNAS OBRAS DE SHAKESPEARE

7

El problema de la propiedad intelectual o literaria arrancaba, como puede verse, de dos fuentes.

Por una parte, este patrimonio de los actores por su versión, por su creación dinámica, no estaba a salvo de las apropiaciones ilícitas, dándose el caso de que oyentes de prodigiosa memoria asistieran a la representación con el objeto de retener los parlamentos, llevándolos luego a escena con otras Compañías, en una competencia evidentemente desleal. En otras ocasiones, actores disgustados con su grupo, que podían recitar completa la versión de su gente, se pasaban a una nueva Compañía y aportaban este verdadero rollo de cinta magnética de su memoria.

Por otra parte, los temas o asuntos de las obras no eran originales o por lo menos no eran exclusivos, de suerte que varias Compañías podían incorporarlos a su repertorio más o menos simultánea e inocentemente, tomándolos de una misma tradición. En este orden de ideas hay que descartar ciertamente todos los temas de la serie de historia nacional desarrollados por Shakespeare, que comprenden en especial la vida de Juan, los Enríques y otras, con las cuales se habría propuesto no sólo deleitar sino que dar lecciones de Instrucción Cívica al pueblo, según estiman los críticos.

Mas en las grandes piezas de valor universal y de mayor fama se observa igualmente esta concurrencia de autores y actores sobre temas ajenos. Romeo y Julieta, por ejemplo, la exquisita obra maestra de inspiración y juventud, tiene su antecedente remoto en la novela griega "Antia y Abrocomas", escrita en el siglo II por Jenofonte Efesio, cuya sucesión legítima, suponiendo que hubiera sido identificable en el siglo XVI, mal podría haber reclamado contra Shakespeare por eventual plagio, aunque imagináramos una legislación mucho más generosa que la actual en favor de los autores. En cambio, el tema fue tomado por Masuccio de Salerno y por Luigi Da Porto, por Adriano Sevin y Mateo Bandella, y luego por Belleforest en Francia, a una distancia ya mucho menor de Sir William. Pasó también a España y, más o menos en la época de la infancia de Shakespeare, a la propia Inglaterra, tanto en versión poemática, perteneciente a Arthur Brooke, como en forma novelada, de Painter, autores que dieron a los protagonistas los mismísimos nombres de Romeo y Julieta. De igual período, y esto resulta ya más grave, son las creaciones dramáticas sobre el mismo tema, particularmente "Castelvines y Monteses" de Lope de Vega.

Otro tanto podría agregarse sobre "El Mercader de Venecia", enlazado lejanamente con "Il Pecorone" de Giovanni Fiorentino, conocido a fines del siglo XIV, y más próximamente con la canción "Genatus", popularizada en Londres como Relato y

dramatizada con el mismo nombre musical, por otro autor en vida de Shakespeare.

Bien se comprende que estas incursiones paralelas habrían podido originar según el moderno derecho no pocas contiendas en vida de los autores; mas, por lo que se sabe, solamente dieron lugar a sátiras, polémicas y disgustos de toda cuantía.

Por lo demás, estas coincidencias temáticas de ningún modo disminuyen la admiración y el respeto que merece el genio de Shakespeare, revelado precisa y magníficamente en la belleza y la fuerza del lenguaje y de la escena, por manera que sus versiones entraron pronto y para siempre a la plenitud del renombre universal, mientras que las otras son recordadas muy precariamente y en reducidas comarcas.

No se crea, por lo dicho, que las particularidades de inspiración, representación y escritura que venimos comentando signifiquen una falta absoluta de organización de la propiedad intelectual en el Derecho inglés de su tiempo. Antes bien, el ordenamiento jurídico medieval consultaba la Corporación de los Libreros, que agrupaba en realidad a los comerciantes de artículos de librería y en cuya sede o "Stationer's Hall" se llevaba un Protocolo que, apreciado con la debida perspectiva, podría considerarse como antecesor de los actuales Registros de Propiedad Intelectual, establecidos entre nosotros en 1834 y que han alcanzado valor internacional en virtud de la promulgación de la Convención de Buenos Aires de 1910 como ley de nuestra República en 1955.

Este Stationers' Register contenía el título de la obra y la indicación del autor, asegurándose en cierta medida con su inscripción en él, la exclusividad para imprimirla y usarla. El Registro ha permitido disponer de un verdadero catálogo de los trabajos de Shakespeare, no sólo de los que subsisten sino que también de otros que desaparecieron, como la "Historia de Cardenio", manuscrito perdido en el incendio del teatro "El Globo" y que según las crónicas era una escenificación de varios sabrosos capítulos del Quijote, obra cuya primera parte había sido traducida al inglés e impresa en Londres en 1612 por Thomas Shelton.

* * *

Una tercera curiosidad que podría destacarse a propósito de la representación de las obras de Shakespeare dice relación con ciertas regulaciones del Derecho Policial.

En la época de los más resonantes triunfos de Shakespeare como autor, actor y director, y por lo menos hasta el tiempo de su muerte, jamás subió a escena en los teatros de Lon-

LO JURIDICO EN ALGUNAS OBRAS DE SHAKESPEARE

9

dres mujer alguna, estando formadas las Compañías exclusivamente por varones. En esta virtud, los cientos de personajes femeninos que aparecían en los dramas eran representados por hombres, así se trataba de las lánguidas o las robustas reinas, como de las eficientes y alegres comadres de Windsor, cuanto de las frágiles y castas Ofelias y Julietas, que como dice con gracia un autor, alentaron por primera vez a la vida inmortal en corazones masculinos. Cuesta creerlo, pero el hecho consta no sólo en la historia externa que se conserva de la vida de teatro, sino que del propio tenor de las obras, como lo comprueban la estructura y el desarrollo de la comedia "As you like it" o "Como gustéis", que junto con "Noche de Epifanía" y "Mucho ruido y pocas nueces", forman nada menos que la llamada Trilogía Romántica. Discurre allí la agraciada Rosalinda, joven hija del Duque desterrado, y luego de regocijantes complicaciones escénicas se produce el feliz desenlace de cuatro bodas largamente esperadas. En medio de la danza final, Rosalinda, también desposada, se vuelve al público y recita un Epílogo, diciendo, entre otras cosas, a los asistentes: "Si yo fuera mujer, besaría a todos aquellos de vosotros que tuvieran barbas que me gustasen, fisonomías que me sedujesen y alientos que no me repugnasen". Se tiene entendido que semejante actitud, que pudo repetirse inofensivamente y entre aplausos por años y años, con Rosalinda haciendo firmes venias de varón, deslindaría peligrosamente en nuestro tiempo con el campo jurisdiccional de Policía Local.

* * *

Detengámonos ahora un momento en el juicio sobre los Abogados. Dos pasajes bien conocidos de sendas obras recogen el eterno sentir popular frente a nuestra profesión, el que implacablemente condena y se mofa de los vicios y abusos y que ensalza su nobleza y su poder.

La Escena Primera del Acto V de Hamlet transcurre en el tétrico cementerio donde los sepultureros preparan la fosa en que será enterrada Ofelia, presunta novia del príncipe, cuyo sepelito no podía ser muy solemne por haberse suicidado, ahogándose. Platicaban y cantaban estos buenos hombres, con su familiaridad característica, mientras al cavar daban sus azadones y palas contra las osamentas, tomando y tirando calaveras. Shakespeare hace entrar entonces a Hamlet con su compañero Horacio, poniendo en boca del primero ingeniosísimas aunque macabras frases referentes a los supuestos personajes dueños de las calaveras empuñadas por el sepulturero: un cantante, un cortesano hipócrita, un corredor de propiedades, hasta que le llega su ofensivo turno a nuestro gremio, imaginado más bien como el de los rábulas, cuando Hamlet comenta con

Horacio: "¿Por qué no podrá ser esa otra la de un Abogado? ¿Y dónde están ahora las sutilezas y los distingos, dónde los subterfugios y las artimañas? ¿Cómo soporta hoy que ese grosero ganapán le dé con su pala inmundada en la mollera y se queda sin lanzar contra él una querrela por injurias y lesiones?"

Distinto enfoque, por fortuna, es el que trae la Escena Primera del Acto IV de "El Mercader de Venecia", que se desarrolla en el Palacio de Justicia de la Serenísima República y donde los Abogados de todos los tiempos y de todos los lugares, para confortación de nuestros espíritus, podemos ver realizadas las cualidades ideales del indomable oficio. En esa ocasión, un anciano maestro de Padua recomienda a su delegado ante el Dux y pondera sus conocimientos, su prudencia y su elocuencia, y hasta previene al Tribunal contra la mala impresión que pudiera causar su extrema juventud, diciéndole una alabanza que ojalá pudiéramos repetir siempre a nuestros egresados: "Os suplico que no consideréis esa juventud como razón para rehusarle un aprecio respetuoso, pues no se ha visto antes cabeza tan madura sobre tan jóvenes hombros".

* * *

Esta misma contienda planteada ante el Tribunal del Dux en "El Mercader de Venecia", nos introduce en el recinto del Derecho Civil a través de varias nociones más o menos evolucionadas de nuestros días.

En esta obra, como recordaréis, Shakespeare conduce dos temas centrales: Uno relativo a los tres cofres con acertijos y pergaminos, cuya elección permitiría al afortunado casarse con Porcia, hermpsa y rica heredera; el otro, concerniente al negocio del comerciante y armador de Venecia llamado Antonio, con Shylock, avaro prestamista de la ciudad, que facilita al primero tres mil ducados que necesitaba para proporcionarlos a su vez a su amigo Basanio, colocado en algunos apuros. El nexo entre ambos temas resulta de que Basanio acierta en la elección del cofre y queda en condiciones de casarse con Porcia. Los elementos jurídicos del caso son los siguientes:

- 1) Un préstamo sin interés, constante en un pagaré firmado ante notario;
- 2) Estipulación de día y lugar para la devolución del dinero;
- 3) Cláusula penal consistente en la facultad del acreedor para cortar una libra de carne, a su elección, de cualquier parte del cuerpo del deudor si no pagaba éste la deuda principal en su oportunidad;
- 4) Mora del deudor, por no pagar en el día convenido;

LO JURIDICO EN ALGUNAS OBRAS DE SHAKESPEARE

11

5) Demanda del mutuante, optando por exigir el cumplimiento de la cláusula penal;

6) Sentencia que da lugar a la demanda en lo estipulado, advirtiendo al acreedor que no puede tomar más que la carne, sin derramar sangre;

7) Renuncia del acreedor a la obligación principal y a la pena;

8) Sanción al acreedor por atentar en el contrato y en los términos del juicio contra la vida del deudor.

En presencia de estas informaciones, la primera cuestión que se plantea es la referente a la validez o nulidad del contrato sobre el cuerpo humano.

Si la analizamos a la luz de nuestras actuales instituciones jurídicas, podríamos constatar una evolución contradictoria: existió en la Ley de las Doce Tablas expresa autorización para la vivisección del deudor, preceptuándose además que si el acreedor cortaba de más o de menos, fuera ello sin fraude. Se cree que Shakespeare pensaba en esa primera legislación romana cuando insertó esta trama, que de otro modo habría sido inverosímil. No obstante, habría acusado con ello desconocimiento del derecho vigente, que bajo la influencia del cristianismo, había incluido en su sistema el aforismo y el principio de que el cuerpo no está en el comercio humano, con la natural consecuencia de que los pactos sobre él tendrían objeto ilícito y serían por lo tanto nulos. El Derecho veneciano, codificado hacía ya más de tres siglos al tiempo de representarse *El Mercader*, se había nutrido del Derecho Romano Imperial, tanto central como bizantino, siendo de presumir que consultara este mismo criterio.

Tampoco debe olvidarse, como lo subraya León Mazeaud en sus trabajos de 1950 sobre este tópico, que aquel principio hizo nuevamente crisis, en forma de figuras jurídicas que comprometen el cuerpo, como en el matrimonio, el apremio personal o el contrato de trabajo, o, en los niveles más modernos de cirugía estética, dación de sangre, entrega de órganos, tejidos u otras partes para trasplante. Entre nosotros, si bien es cierto que aparece suprimida la prisión por deudas, no es menos verdad que por vías muy emparentadas con ella se pone legalmente al acreedor en situación de disponer no sólo de una libra de carne del deudor sino que de su carne completa, con sangre y cuerpo entero, según pasa cuando la obligación civil basada en un cheque produce responsabilidad criminal, originaria a su vez de penas de presidio.

En todo caso, se ve que Shakespeare no quiso comprometerse a una definición muy categórica del asunto, puesto que no pone en boca de Porcia (disfrazada del Letrado Baltazar),

la excepción de nulidad por objeto ilícito, por lo que el proceso deriva hacia el problema de la interpretación del contrato, permitiendo así el desarrollo bellísimo de la escena; pero al final, como he indicado, se considera que los términos del contrato constituyen un atentado contra la vida (lo que también significaría objeto ilícito), y por esta razón el acreedor recibe sanción pecuniaria.

La segunda cuestión planteada es, pues, la de interpretar el contrato. Queda reconocida ante todo en el Tribunal la fuerza de ley que tiene el pacto, tal como está consagrada en nuestro actual ordenamiento jurídico, en el que todo contrato legalmente celebrado es ley para las partes contratantes. Aún más, se pone de relieve ante el Dux que el cumplimiento de la ley del contrato tiene una importancia trascendental para la estabilidad jurídica de Venecia, a tal punto que sólo competiría a la clemencia o misericordia del acreedor el dejarla sin aplicación estricta.

Pero cabalmente por el tremendo valor del contrato, fuerza es conocer con exactitud la ley que las partes han echado sobre sus hombros al convenirlo. Las críticas a la obra de Shakespeare disienten aquí fundamentalmente acerca de su criterio jurídico. Unos dicen que el autor se tomó la libertad de sentar una jurisprudencia poética, en oposición a lo que debió ser la jurisprudencia científica. Juzgan que una verdadera interpretación contractual debió hacer prevalecer la intención de los contratantes contra lo literal de las palabras, por donde habría resultado claro que el posible derramamiento de sangre estaba involucrado en el corte de la carne. No deja de tener su hermosura, también poética, la comparación que usa uno de estos autores para ilustrar su ira científica: Con la misma razón, comenta, en un pacto sobre servidumbre de tránsito el Juez habría tenido que reconocerla en favor del demandante, pero prohibiéndole dejar en el suelo la huella de sus pisadas porque ésta no fue mencionada en el título constitutivo.

Por el contrario, en el Tribunal del Dux prevaleció la interpretación literal: Te pertenece una libra de carne de este mercader; la ley te la da y el Tribunal te la adjudica; puedes cortarla de su pecho como lo has pedido; la ley lo permite y el Tribunal te autoriza. Y en ese instante, cuando el acreedor se dispone a ejecutar la sentencia, su triunfo se torna en derrota, porque el Juez agrega: Detente! Toma la libra de carne que te da el contrato, tal como está resuelto; pero si al cortarla vieres una gota de sangre, tus bienes todos serán confiscados en beneficio de Venecia, conforme a sus mismas leyes.

Viene luego un añadido que nos permite observar el funcionamiento de la Cosa Juzgada. Cuando oyó Shylock la par-

LO JURIDICO EN ALGUNAS OBRAS DE SHAKESPEARE

13

te final del fallo, que como se acaba de ver significaba su completo fracaso judicial en virtud de ser de imposible ejecución la cláusula penal pactada, se pone a la defensiva, pretende a esa altura del proceso cambiar el objeto de la demanda y pide entonces el cumplimiento de la obligación principal, esto es, el pago de los tres mil ducados. Según el planteamiento de Shakespeare, el Tribunal del Dux fallaba en única instancia, por lo cual una vez notificada la sentencia, como lo fue, se revestía de la autoridad de la cosa juzgada, y en mérito de ella queda rechazada aquella solicitud por estar ya sentenciado el cumplimiento de la obligación accesoria.

La figura de Shylock es mencionada por lo general como representativa del usurero, del avaro, del hombre sin entrañas, vampiro del deudor empobrecido, y no puede negarse que Shakespeare no escatimó esfuerzo ni talento para lanzarlo así caracterizado a la mala fama universal. No sería honesto silenciar que existen ensayos de reivindicación en favor del prestamista, no precisamente de sectores comprometidos cuya actitud al respecto sería explicable, sino que de parte de juristas puros, que ven en él, a pesar de esos terribles atavíos personales, una verdadera encarnación del sentido o del espíritu del derecho, que abogó porque el derecho siguiera siempre siendo derecho, que confió en la ley, que se retiró de Estrados frustrado y abatido porque una interpretación de subterfugio lo privó de su derecho.

* * *

Excusadme que no pueda convertir una Lección Inaugural en un tratado; o quizás ello os alegre. Las circunstancias permiten únicamente presentaros unas cuantas muestras como las señaladas, que siquiera podrían inquietar la curiosidad de los estudiosos.

Permitidme, para terminar, un último contacto con nuestro autor, a través de Hamlet. Este príncipe, abrumado por las informaciones que acababa de recibir sobre las infamias cometidas contra su padre, contra el reino, contra su propia sensibilidad, cavila en uno de los pasajes más hermosos de la obra de Shakespeare. Pronuncia el afamado soliloquio, escena de soledad que por singular paradoja se repite en todos los tiempos con numerosísima y emocionada compañía, donde duda sobre su proceder y bosqueja una honda interrogante de la actitud frente a la injusticia:

"Morir, dormir, soñar acaso.
"¿Qué es lo más noble: soportar callando
"dardos y flechas de áspera fortuna,

"o tomar armas contra un mar de males
"y darles fin luchando?"

Podemos sin duda contestar en el Torreón de Elsinfor a nombre del menester de la Abogacía: Jamás la conciencia jurídica de una comunidad se podrá permitir el lujo de adormecerse; su esencia está constituida por sus cualidades de vigía de la Justicia, desde el presidente del más alto Tribunal hasta el más novel de los estudiantes de Derecho.